

Diánoia

ISSN: 0185-2450

dianoia@filosoficas.unam.mx

Universidad Nacional Autónoma de México

México

TOMASINI BASSOLS, ALEJANDRO

Algunas observaciones sobre el concepto freudiano de inconsciente

Diánoia, vol. LV, núm. 65, noviembre, 2010, pp. 175-200

Universidad Nacional Autónoma de México

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58433537007>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Algunas observaciones sobre el concepto freudiano de inconsciente

ALEJANDRO TOMASINI BASSOLS

Instituto de Investigaciones Filosóficas

Universidad Nacional Autónoma de México

bassols@servidor.unam.mx

Resumen: En este ensayo examino críticamente el concepto freudiano de inconsciente. Y muestro también cómo Freud tergiversa el significado de las palabras psicológicas del lenguaje natural ('desear', 'dolor', 'recuerdo', etc.). Trato de hacer ver que hablar del inconsciente no es hablar de ninguna zona de la mente, sino más bien una forma indirecta de hablar de las acciones humanas.

Palabras clave: racionalidad, represión, descripción, explicación, cerebro, psicoanálisis

Abstract: In this essay I critically examine the Freudian concept of the Unconscious. I show how Freud alters the meaning of natural language's psychological words ('desire', 'pain', 'memory', and so on). I try to make clear that to speak about the unconscious doesn't tantamount to speaking of any zone of the mind, but rather to speak indirectly about human actions.

Key words: rationality, repression, description, explanation, brain, psychoanalysis

1 . *El origen de “inconsciente”*

Como muchos otros conceptos fundamentales de la psicología, el concepto de inconsciente tiene su fuente o su raíz en el lenguaje natural. De hecho, nuestras formas normales de hablar incorporan dicho concepto para dar cuenta de una multitud de situaciones. Por lo pronto, podemos señalar que en el lenguaje natural 'inconsciente' tiene por lo menos dos ámbitos de aplicación, suficientemente independientes como para distinguirlos pero que de todos modos mantienen entre sí algunos vínculos semánticos y cognitivos, por vagos que sean. Así, encontramos que 'inconsciente' tiene tanto un uso moral como uno psicológico. En efecto, decimos cosas como 'cuando manejaba era un inconsciente: por eso tuvo ese accidente mortal'. Aquí 'inconsciente' es usado si no como sinónimo sí como más o menos equivalente en sentido a 'irresponsable' o 'descuidado'. Hay, empero, otro uso, que es el relevante para los objetivos de este trabajo. Este uso queda ejemplificado en expresiones como 'inconscientemente le dio la espalda a su jefe y lo corrieron del trabajo' o 'él no quería hacerlo, pero inconscientemente hacia llorar a su esposa'.

En casos así, lo que se quiere decir es algo como ‘no se percató de que estaba ofendiendo a su jefe’, ‘no se dio cuenta de lo que le podía pasar’, ‘nunca imaginó que le estuviera causando un dolor a su esposa’, etc. La tenue vinculación en el plano del lenguaje natural, si la hay, entre los dos usos exemplificados es que quien no se da cuenta de lo que hace *puede* al mismo tiempo ser un irresponsable. Si esto fuera así, es decir, si la vinculación no fuera meramente empírica sino conceptual, entonces el hablante normal se sentiría justificado en pensar que cada vez que nos las habemos con una acción inconsciente nos las estamos viendo también con un sujeto irresponsable, puesto que en principio al menos dicho sujeto *debería* haberse percatado de lo que estaba haciendo y del modo como lo estaba haciendo. En el plano intuitivo y coloquial, la aplicación de ‘inconsciente’ es ante todo un reproche y lo que se le reprocha al sujeto que se tilda de “inconsciente” es que se haya mostrado incapaz de percibir la lógica y las consecuencias de sus acciones. Si la conexión intuitiva u originaria a la que apunto es no meramente imaginaria sino real y si en caso de serlo la conexión es “válida” o está justificada, es ese un tema sobre el cual no me pronunciaré.

La observación anterior era pertinente porque es relativamente claro que, en lo que al uso técnico que se hace en psicología y en metapsicología del término ‘inconsciente’ (limitándonos por el momento a su uso como adjetivo) atañe, la conexión moral se pierde por completo. Esto es así dado que al hablar en la teoría psicoanalítica de inconsciente se pretende estar hablando de alguna clase de *hechos* y por lo tanto de una realidad desprovista totalmente de carácter moral. Desde el punto de vista de la ciencia que se ocupa de la mente y de la conducta humanas, una acción inconsciente carece por completo de connotaciones morales. Se supone que en el área de la ciencia, el adjetivo ‘inconsciente’ es un término puramente descriptivo, moralmente neutral. Obviamente, es el concepto psicológico de inconsciente, y más específicamente el concepto freudiano de inconsciente, lo que aquí nos interesa estudiar.

Uno de mis principales objetivos en este trabajo es explorar y explotar un cierto paralelismo que en mi opinión vale entre el concepto de inconsciente y el concepto de derechos humanos. La similitud consiste en lo siguiente: como ya he defendido en otros lugares y con argumentos que hasta ahora no he visto rebatidos,¹ el concepto de derechos humanos *no* tiene un carácter referencial, lo cual naturalmente no significa que sea un concepto mal construido, ininteligible o teóricamente

¹ Véanse mis trabajos “El carácter histórico de los derechos humanos” e “Historia, derechos humanos y medicina” en mi libro *Pena capital y otros ensayos*.

estéril. Lo único que significa es que su “lógica” es diferente de la de, por ejemplo, el concepto de derecho positivo. Una diferencia palpable entre dichos conceptos se manifiesta en que si nosotros le pedimos a alguien que nos dé una lista de los derechos que gozamos en, digamos, el ámbito laboral, la lista será lo interminable que se quiera, en tanto que si nosotros le pedimos a alguien que nos dé una lista de derechos humanos o se nos dará una lista de banalidades o (que es lo más probable) no se nos dará nada en lo absoluto. Esto es así por la sencilla razón de que el concepto de derechos humanos sirve no para referir a un grupo muy especial de derechos, sino para permitir hablar de la transgresión de derechos positivos por parte de la autoridad, esto es, por parte de individuos pertenecientes a las instituciones encargadas precisamente de hacer valer los derechos del ciudadano. En este sentido, el concepto de derechos humanos es un concepto, por así decirlo, negativo: no sirve para apuntar a derechos concretos, ni especiales ni no especiales, sino para hablar con sentido de la violación de los derechos ciudadanos por parte de los representantes del estado.

Deseo sostener que algo muy parecido sucede con el concepto de inconsciente: sirve no para designar un ámbito particular de vida mental, así como tampoco para apuntar a una zona particular de la mente y mucho menos del cerebro, sino para acotar todo aquello de la vida mental que, por múltiples razones o causas, escapa a la conciencia del sujeto. Así, más que oponerse a la identificación cartesiana de vida mental con vida consciente, el concepto freudiano de inconsciente podría ser visto, más fructíferamente quizás, como un concepto que pone un límite al cartesiano, sin necesariamente entrar en conflicto con él. En otras palabras, la legitimación teórica del concepto freudiano de inconsciente estaría indicando que el ideal racionalista de un yo que se percata de absolutamente todos sus movimientos (mentales) es simplemente inalcanzable. No hay tal cosa. Siempre habrá huecos en la vida mental, es decir, en la conciencia y dado que no queremos sostener que los *data* del inconsciente son intrínsecamente distintos de los de la conciencia (entre otras razones porque son en principio recuperables por ésta), la introducción del concepto de inconsciente significa que podremos hablar con sentido de acciones, creencias, deseos, etc., inconscientes. A lo que asistimos con Freud es, pues, a una expansión de la vida mental.

2. Notas elementales de “inconsciente”

Son varios los rasgos del concepto de inconsciente que de inmediato nos llaman la atención. En primer lugar, es obvio que no es un concepto de

experiencia: la noción de inconsciente no puede aplicarse en primera persona del presente. No hay confesiones de inconsciencia. Curiosamente, sin embargo, en pasado su uso se vuelve factible. Ciertamente podemos decir con sentido cosas como ‘Lo que pasaba es que yo inconscientemente movía mi mano cuando ella movía los ojos’. O sea, no me percataba en un momento dado de algo de lo que ahora estoy consciente y de lo cual estoy ahora dando cuenta. En ese caso, puesto que estaría yo hablando de mí mismo *como si* fuera otra persona, la situación es similar si estuviera yo describiendo la conducta de alguien, esto es, como si estuviera hablando en tercera persona. Eso sí es factible. Podemos decir cosas como ‘él inconscientemente hizo...’ y lo que querríamos decir o lo que estaríamos implicando es precisamente que él mismo no podría dar cuenta de su conducta, justificarla. Así, pues, podemos hablar significativamente de la conducta inconsciente de otros y podemos describir la de nosotros mismos si nos referimos a nosotros en pasado, y entonces lo haremos como si estuviéramos hablando de alguien diferente. Es muy importante destacar que esta visión *no* compromete a Freud con una tesis absurda como la de que las personas somos sistemáticamente esquizofrénicas.

Preguntémonos ahora: *¿a qué se aplica, de qué hablamos cuando empleamos el concepto de inconsciente?* La verdad es que aludimos a una variedad de cosas, pero a mí me parece que hay ciertos ítems básicos. Es probable que el concepto de inconsciente se aplique primordialmente a creencias, deseos, emociones, sentimientos, intenciones y acciones. En última instancia, desde luego, es de la persona de quien propiamente hablando predicamos o no vida inconsciente, pero el que lo sea es algo que se manifiesta a través de los elementos mencionados. Desde luego que la aplicación del concepto puede extenderse y podemos hablar de pensamientos inconscientes, dudas inconscientes, intenciones inconscientes, etc. Pero aparte de que no siempre es dicha extensión aprobleática,² parecería que de todos modos se trata de una aplicación derivada.

Un punto muy importante que es menester dejar establecido es que el concepto de inconsciente no está ni lógica ni semántica ni epistemología.

² Por ejemplo, la idea de pensamiento inconsciente no está en lo más mínimo clara. Podría pensarse que alguien que ofrece un entimema tiene un pensamiento inconsciente, pero podría considerarse más bien que lo único que pasa es que dicho pensamiento está lógicamente implícito en su razonamiento, mas no que el sujeto lo esté pensando tácitamente. Si así fuera, no se podría distinguir entre presuposición lógica y pensamiento inconsciente, entre error de lógica y represión psicológica. Estaríamos reduciendo la lógica a la psicología.

lógicamente conectado con el concepto de irracionalidad. Es evidente que el concepto de racionalidad pertenece a la familia de conceptos a la que pertenece el concepto de conciencia. Sólo se puede ser irracional si se actúa conscientemente; en cambio, no tiene el menor sentido decir de alguien que se comporta irracionalmente si su conducta es inconsciente. Una diferencia obvia es que cuando calificamos a alguien de ‘irracional’ le estamos haciendo un reproche, en tanto que justamente por calificar la acción de alguien como inconsciente estamos dando a entender que el sujeto no se percató de lo que estaba haciendo y que, por lo tanto, hay un sentido en el que no es culpable o responsable por su acción (o no del todo, al menos). Además, por lo menos desde un punto de vista freudiano es claro que hablar del inconsciente no es hablar de ilogicidad. Lo que en todo caso habría que decir es más bien que el inconsciente tiene una lógica diferente de la de los procesos mentales conscientes. Cuál sea esa lógica es algo que Freud ciertamente nunca esclarece.

Dejando de lado argumentos técnicos como los relacionados con la necesidad de explicar las neurosis, para lo cual Freud como veremos recurre a la noción de represión, es relativamente obvio que hay muchas cosas de nuestra vida psíquica cotidiana que inevitablemente se nos escapan y es para dar cuenta de esa clase de estados que el concepto de inconsciente resulta muy útil. El fenómeno en cuestión acontece inclusive en el plano de la percepción visual. Supongamos que queremos estacionar nuestro auto y que buscamos un lugar a lo largo de una avenida. Pasamos, por lo tanto, junto a una hilera de autos. Finalmente encontramos un lugar, nos estacionamos y posteriormente se nos pregunta: ¿qué autos (marca, color, modelo, placas, etc.) estaban estacionados antes de que llegaras al lugar que encontraste? En la gran mayoría de los casos la respuesta sería sumamente inexacta e incompleta; nos acordaríamos de ciertos autos, pero no de todos ni de su secuencia, a pesar de haberlos visto todos uno tras otro. Más en general, si tuviéramos que describir el contenido de nuestro campo visual, lo más probable es que mencionaríamos muchos objetos pero también que dejaríamos fuera de nuestra descripción muchos otros a pesar de, por así decirlo, haber tenido la experiencia de ellos. Es, pues, comprensible que si eso sucede con experiencias visuales concretas *a fortiori* nos suceda con el todo de nuestras acciones y líneas de conducta en relación con las cuales son relevantes multitud de factores (intenciones, situaciones, motivaciones, aspiraciones, etc.). Es, pues, parcialmente al menos por consideraciones como ésta que se sintió la necesidad de construir un concepto como el de inconsciente, inclusive en el plano o nivel del lenguaje coloquial.

En el plano de la psicología, sucede con el término ‘inconsciente’ lo que sucede con muchos otros términos extraídos del lenguaje natural, a saber, se transforma para convertirse en un término técnico. Parte de los problemas que luego se le plantearán a Freud es precisamente que no siempre resultará fácil deslindar en las aplicaciones que él hace de “inconsciente” el concepto coloquial (propiedad de todos los hablantes) de su concepto técnico. Si esto es cierto, se sigue que el concepto freudiano de inconsciente es sistemáticamente ambiguo. En todo caso, no está de más señalar que si en psicología se sintió la necesidad de construir un concepto como el de inconsciente ello se debe a que lo que se quiere lograr en dicha ciencia, el ideal al que se aspira, es hacer inteligible *el todo* de la vida psíquica y la conducta humana y para ello el concepto de conciencia resulta insuficiente.

A reserva de regresar sobre el tema, quiero simplemente insistir en que, si lo que hemos estado diciendo es acertado, lo peor que podemos hacer es ver “inconsciente” como un concepto de carácter referencial o denotativo. Desde esta perspectiva, que apenas se abre, investigar el inconsciente *no* es indagar acerca de un lugar especial ni investigar un “algo”, una zona del cerebro, un sector de la mente entendida ésta como un entidad de alguna clase. En contraposición a ese enfoque, lo que yo deseo sostener es que el concepto de inconsciente es más bien un mecanismo para, permitiéndome emplear una metáfora, tapar los hoyos de la vida consciente que el sujeto va dejando y establecer diversas clases de conexiones entre elementos de la vida psíquica de un individuo. En este sentido, además del paralelismo ya señalado con el concepto de derechos humanos podríamos apuntar también a un cierto paralelismo entre el funcionamiento del concepto de inconsciente y el de “Dios”, pero no intentaré aquí y ahora ahondar en el tema.

3 . *El inconsciente freudiano: represión y neurosis*

El concepto de inconsciente en la teoría psicoanalítica no es un concepto primitivo, en el sentido lógico de la expresión. En realidad, el punto de partida de Freud para la elaboración de su concepto de inconsciente es su estudio de las neurosis. Básicamente, una neurosis es una descompostura de un sistema particular de creencias y deseos, la cual se manifiesta en una conducta conflictiva y contraproducente para el sujeto. El sujeto no se percata de que genera en otros, digamos, animadversión y reacciona agresivamente frente a la conducta hostil de las personas. Como no entiende que es él quien está creando las situaciones

de conflicto, no tiene más remedio que optar por la vía de la racionalización de su conducta, esto es, de la justificación argumentada de sus acciones y reacciones. El problema es que por muy bien articulada que esté su racionalización, dado que se funda en una incomprendión o en un error de inicio, su autoexplicación o la explicación que le ofrezca a otros será inevitablemente insatisfactoria. El sujeto, por consiguiente, está en un estado neurótico y su neurosis podrá manifestarse de muy diverso modo, pero básicamente bajo la forma de fobias, a través de sueños y como actos fallidos.

La explicación freudiana arranca, pues, allí donde la descripción en términos del lenguaje natural y de vida consciente termina. Lo que Freud quiere hacer es *explicar* (en el sentido de ofrecer una explicación causal) ciertos fenómenos “raros” de la conducta humana. Dicho de la manera más escueta posible, lo que sucede en las neurosis es más o menos lo siguiente: en la experiencia infantil del sujeto (que si es tratado se convierte en el paciente), se produjo en algún momento un trauma, esto es, el sujeto tuvo una vivencia negativa (desagradable) a la que cargó con un grado inusual de emotividad. O sea, esa vivencia representó para él algo especial, pero en sentido negativo. Ahora bien, dado que la experiencia en cuestión no fue placentera, o mejor dicho, fue especialmente desagradable,³ generó una emoción particularmente intensa pero que el sujeto prefiere “olvidar”. Lo único que quedan son sus rastros, los cuales se manifiestan en su vida cotidiana al modo como lo mencionamos. El fenómeno que en casos así se produce es lo que Freud llama ‘represión’. “Represión” es, pues, uno de los conceptos centrales de todo el cuadro que de la vida psíquica Freud pinta. Como ya se dijo, la represión consiste en mantener fuera del reino de la conciencia la representación (el recuerdo) de la experiencia desgradable: “El psicoanálisis”, dice Freud, “nos ha enseñado que la esencia del proceso de represión radica no en abrogar o aniquilar la presentación ideacional de un instinto, sino en impedir que se vuelva consciente”.⁴ Así, pues, Freud sostiene que la descarga emocional original, relacionada con un objeto externo al sujeto, encuentra su representación psíquica como idea que, dado su origen traumático, es reprimida; en otras palabras, se vuelve inconsciente. No es que se extinga, sino “simplemente” que

³ En inglés se califica la experiencia relevante como “painful”, esto es, como “dolorosa”. Empero, por razones de congruencia lingüística, preferiría reservar el adjetivo ‘doloroso’ para el ámbito de la sensación. Me parece que, en español al menos, el uso de ‘doloroso’ en este contexto resulta sumamente exagerado y equívoco.

⁴ S. Freud, “The Unconscious” en *The Major Works of Sigmund Freud*, p. 428.

deja de ser contemplada por el sujeto. En efecto, la represión no es otra cosa que la eliminación de lo consciente o la transferencia, en un sentido no terapéutico, de lo consciente hacia lo que podríamos describir como (imposible no recurrir a metáforas) el lado oscuro de la mente, esto es, el reino de lo no consciente, del inconsciente. Es este recuerdo reprimido lo que ocasiona las manifestaciones neuróticas en la conducta del sujeto.

Es de primera importancia entender que el todo de la explicación freudiana tiene una motivación práctica evidente, a saber, *curar* al paciente de su neurosis, por así decirlo, normalizarlo. Esto es decisivo, porque como intentaré hacer ver, Freud de manera excesivamente descuidada pasa de una teoría acerca de desórdenes de personalidad y de mentes enfermas a una teoría general de la psique humana. Esto inadvertidamente le da a su teoría un giro distinto del que, puede argumentarse, debería habersele investido. Es evidente que la ambición de Freud era elaborar una concepción lo más general posible de la mente humana, sólo que lo que es debatible es que dentro del marco conformado por los problemas de los que se ocupa él estuviera teóricamente en capacidad de hacerlo. Empero, antes de criticar su posición tenemos que redondear la exposición de sus puntos de vista.

Hablamos de una experiencia sumamente desagradable cuya representación simbólica o ideacional quedó reprimida. De acuerdo con la concepción psicoanalítica, la función de la terapia consiste precisamente en establecer la conexión entre el evento mental reprimido y las manifestaciones neuróticas del paciente de manera que éste la vea, la comprenda y entonces pueda neutralizar los efectos de la experiencia original. O sea, con base en un interrogatorio técnicamente dirigido, el paciente es inducido a retrotraer a la memoria, es decir, a hacer consciente, una idea o un acto mental que había quedado sepultado mucho tiempo antes y a los que él ciertamente no habría nunca, en condiciones normales, tenido acceso. Pero ¿qué pasa con esa experiencia desgradable y cómo es que, por así decirlo, “vive” en la zona oscura de la mente? La explicación freudiana es sumamente compleja, pero la idea general, la imagen que Freud construye, es relativamente simple. De acuerdo con Freud,

puede suceder que un afecto o una emoción sean percibidos, pero mal construidos. Por la represión de su propia presentación [i.e., la emoción] está forzada a conectarse con otra idea y es ahora interpretada por la conciencia como la expresión de esta otra idea. Si restauramos la verdadera conexión, llamamos al afecto original *inconsciente*, aunque el afecto no

fue nunca inconsciente, pero su presentación ideacional había padecido la represión.⁵

Freud distingue entonces tres grandes “sistemas” componentes de la psique humana: el sistema consciente (*Cs*), que como su nombre lo indica se ocupa de las actividades y estados a los que el sujeto tiene acceso directo, el sistema pre-consciente (*Pcs*) y el sistema Inconsciente (*Ics*). En el sistema *Pcs* encontramos ideas que el sujeto olvida pero que gracias a la acción de la memoria *puede* volver a hacer pasar al sistema *Cs*. En cambio, en el *Ics* está todo aquello que fue objeto de represión y a lo que sin la ayuda del terapeuta el sujeto simplemente no tendría acceso, por más que se trate de los contenidos de su propia mente.

El inconsciente que Freud delinea no es una zona desértica o muerta de la mente, sino que está permanentemente activo. La curación que la terapia psicoanalítica logra es precisamente el resultado de una interacción con los contenidos de dicho sistema de la mente. La interacción, por otra parte, es complicada. De acuerdo con Freud,

un acto mental pasa comúnmente a través de dos fases, entre las cuales se interpone una especie de proceso de prueba (censura). En la primera fase, el acto mental es inconsciente y pertenece al sistema inconsciente *Ics*; si al ser escudriñado por la censura es rechazado, no se le permite pasar a la segunda fase; se dice entonces que fue *reprimido* y tiene que permanecer inconsciente. Si, sin embargo, pasa el escrutinio, entra en la segunda fase y de ahí en adelante pertenece al segundo sistema, que llamaremos el *Cs*.⁶

Naturalmente, la superación del problema no es meramente una cuestión de memoria. El redescubrimiento del pasado “no cancela la represión sino hasta que la idea consciente, después de superar las resistencias, se haya unido con el rastro inconsciente de la memoria. Es sólo trayendo este último a la conciencia que se logra el efecto”.⁷ El supuesto aquí es que el recuerdo promueve la comprensión y, con ello, la superación del trauma.

Desde mi punto de vista, es muy importante recalcar que el concepto de inconsciente no brotó de consideraciones puramente teóricas, es decir, como una postulación requerida por una serie de experimentos, hipótesis, etc. El concepto de inconsciente surge por una necesidad

⁵ *Ibid.*, pp. 432–433.

⁶ *Ibid.*, p. 431.

⁷ *Ibid.*, p. 432.

práctica concreta, *viz.*, ayudar a gente a salir de situaciones deprimentes, tristes, conflictivas, etc. En mi opinión, es porque esta conexión se pierde de vista y se empieza a ver en “inconsciente” un concepto que tiene una vida propia, independientemente de su utilidad práctica, que se vuelve inevitable dotarlo de alguna clase de referencia. Nos habremos entonces ubicado en la vía de la incomprensión y estaremos listos para la mitologización filosófica.

4. Conceptos psicoanalíticos y lenguaje natural

La verdad es que las aseveraciones hechas por Freud que resultan provocativas para cualquier ser pensante son tantas que intentar exhibir su carácter problemático o su declarada falsedad obligaría a escribir no un modesto ensayo como éste sino todo un libro y es obvio que ni mucho menos podría ser ése mi propósito. Por consiguiente, lo que haré será más bien concentrarme en algunos tópicos prominentes generales de modo que podamos hacia el final del trabajo ofrecer una evaluación crítica razonada de la hipnotizante posición general articulada y puesta en circulación por Freud. Sin embargo, para empezar quisiera llamar la atención sobre algunas anomalías concernientes al lenguaje freudiano más directamente relacionado con el concepto de inconsciente.

Algo que llama la atención es el manejo un tanto arbitrario, nunca suficientemente explicado y ciertamente no fácilmente comprensible que hace Freud del vocabulario psicológico. Lo que en este caso sucede es que él pretende usar los términos psicológicos, palabras como ‘deseo’, ‘recuerdo’, ‘pensamiento’, ‘idea’, ‘conocimiento’, etc., como si tuvieran exactamente el mismo sentido siempre y en todos los contextos discursivos. El problema es que su “contexto de discurso” es tal que, si lo aceptamos al pie de la letra, o desprovee a dichas palabras por completo de significado o crea para ellas un nuevo significado el cual, naturalmente, requeriría ser explicitado. En el lenguaje natural, que es el que todos (Freud incluido) usamos, hablar de ideas, creencias, deseos y demás es aludir explícitamente a modalidades de vida consciente. Freud, sin embargo, objeta que “la identificación convencional de lo mental con lo consciente es totalmente impráctica”.⁸ Debería ser obvio que el sentido literal de, por ejemplo ‘deseo’ no puede ser exactamente el mismo que su sentido psicoanalítico, puesto que parte del sentido del término ‘deseo’ en el lenguaje no técnico es de algo que

⁸ *Ibid.*, p. 429. “Impráctica”, desde luego, desde el punto de vista y para los objetivos propios de la terapia psicoanalítica.

deliberada y conscientemente una persona busca, a lo que uno aspira, que alguien ansía, promueve, etc. Ahora bien, lo que Freud pretende hacer es, como veremos más abajo, usar dicho término en exactamente el mismo sentido, sólo que quitándole el rasgo “consciente”. Ese movimiento es declaradamente ilegítimo. Es la misma falacia con la que nos topamos en el caso de la extravagante teoría de D. Lewis referente a la existencia de un sinnúmero de mundos posibles. Éste acepta que nuestra idea de mundo es la idea de algo de lo que tenemos experiencia, pero sostiene que no hay problema alguno con la idea de “mundo posible” puesto que no corresponde a otra cosa que a eso que llamamos ‘mundo’ sólo que sin que se tenga experiencia de él. El problema es que eso es precisamente lo que *no* podemos hacer. Ni mucho menos significa lo anterior que no sea posible dotar a ‘deseo’ con un sentido especial, un sentido técnico. Ésa no es la objeción. La inconformidad proviene más bien de que Freud hace de hecho un uso anómalo, una aplicación diferente del concepto de deseo, al tiempo que se expresa como si el cambio contextual no afectara los significados de las palabras.

Un ejemplo curioso de transición semántica operada por Freud es el referente al concepto fundamental de Inconsciente. Freud parte de la recopilación y descripción de actos que no podrían ser calificados de otra manera que como ‘inconscientes’, dado que se trata de acciones (u omisiones) realizadas por el sujeto pero de las cuales éste ni se da cuenta ni sabría cómo explicarlas. Ahora bien, él sostiene que el tratamiento de las neurosis nos obliga a rebasar el plano de las meras *descripciones* de sucesos inconscientes, efectuadas en el lenguaje natural, y a pasar al de las *explicaciones causales*, para lo cual se requieren términos técnicos y por consiguiente reificar una zona especial de la mente. Es entonces que Freud habla del “Inconsciente”. “Se sigue que no podemos escapar a la imputación de ambigüedad por cuanto usamos las palabras *consciente* e *inconsciente* a veces en un sentido descriptivo y a veces en un sentido sistemático, en cuyo caso significa inclusión en algún sistema particular y posesión de ciertas características.”⁹ Aquí lo interesante es que ‘Inconsciente’ no es un mero mecanismo lingüístico de economía, una forma de reunir todo lo recogido en las descripciones de actos inconscientes en un solo haz, sino un término que claramente apunta a algo con una modalidad peculiar de ser y con una identidad propia. La justificación de Freud para dar este paso es que se trata de una postulación teórica ineludible si a lo que se aspira es a dar cuenta “científicamente” de ciertas enfermedades mentales. De ahí que para él

⁹ *Ibid.*, pp. 430–431.

la “asunción de la existencia del inconsciente es *necesaria y legítima*, y [...] poseemos múltiples *pruebas* de la existencia del inconsciente”.¹⁰ Súbitamente se produce entonces una transmutación casi imperceptible, a primera vista gramaticalmente inocua, la cual consiste en que para realizar su reificación del inconsciente Freud *sustantiviza* un adjetivo, en lugar de simplemente construir el nuevo sustantivo a partir del que ya existía, a saber, ‘conciencia’. A mí me parece que la postulación del Inconsciente es en sí misma problemática pero, dejando de lado por el momento la cuestión ontológica, si de lo que Freud quería era hablar de algo radicalmente opuesto a la conciencia, ¿por qué no habló más bien de la “Inconsciencia”, que es justamente lo contrario de la conciencia? *Prima facie* ese es el sustantivo que se debería haber acuñado. Es claro, sin embargo, que ‘Inconsciencia’ no habría funcionado, por la sencilla razón de que una expresión así tiene connotaciones indeseables obvias para el psicoanálisis: bloquearía la reificación y orientaría la investigación en una dirección muy diferente, puesto que de alguna manera comporta o implica una acusación de irresponsabilidad. Con el término ‘Inconsciencia’ no habría sido necesario hundirse en supuestas zonas ocultas de la mente y probablemente la mitología freudiana no habría podido ni siquiera arrancar. Los actos inconscientes en este sentido habrían tenido que ser concebidos como actos de los que aunque el sujeto ciertamente no se percata (si bien los demás sí), de todos modos en principio éste podría darse cuenta, estar consciente de ellos, comprenderlos y hacerse responsable por ellos. Pero entonces la terapia psicoanalítica habría perdido su sentido. Para evitar eso, quizás “inconscientemente” Freud se sirvió del adjetivo ‘inconsciente’ y sin mayores preocupaciones lo sustantivizó, transformándolo en ‘Inconsciente’. Es desde luego debatible si efectivamente esa fue la vía por la que Freud arribó a su concepto de Inconsciente y, si así hubiera sido, si el procedimiento en cuestión es legítimo o no. Independientemente de ello, lo menos que podemos decir es que de entrada resulta un concepto sumamente sospechoso e induce a pensar que mucho del éxito de la teoría psicoanalítica se explica con base en una muy sutil selección de palabras y en una habilidosa articulación del discurso técnico.

Como era de esperarse, ya introducido el Inconsciente resulta en verdad ser un “algo” profundamente misterioso. Considérese tan sólo la clase de adjetivos que se le aplican: ‘oscuro’, ‘inaccesible’ (desde la conciencia), ‘desconocido’, ‘latente’, ‘extraño’, etc. O sea, el Inconsciente no queda nunca caracterizado de manera “positiva”, sino por una especie

¹⁰ *Ibid.*, p. 428.

de *vía negativa*, esto es, siempre en contradistinción o contraposición con la conciencia. Esta forma de caracterizarlo le permite a Freud decir libremente lo que considere pertinente. Es, pues, normal que *así* entendido el Inconsciente permita la construcción no sólo de explicaciones más bien laxas, sino que más bien cualquier cosa puede en principio pasar por explicación. Consideremos brevemente, por ejemplo, el uso que Freud hace del concepto de olvido en conexión con la idea de represión. De acuerdo con Freud, “Todo lo reprimido tiene que permanecer inconsciente, pero desde ahora enunciamos que lo reprimido no abarca todo lo inconsciente”.¹¹ Por otra parte e independientemente de lo que Freud sostenga, es obvio que ni el individuo con la mejor memoria del mundo podría recordarse de *todo* lo que le sucedió en su vida pasada. Pero ¿cómo distinguir entre un olvido por represión de un olvido que podríamos llamar ‘natural’, un olvido genuinamente mnémico? Freud no ofrece mecanismos para distinguir uno del otro. Algo, por lo tanto, tiene que estar mal, puesto que después de todo sería absurdo afirmar que cualquier olvido es efecto o consecuencia de un proceso de represión. Pero cómo se distinga en principio una clase de olvido de otra es algo sobre lo que Freud ni siquiera se pronuncia y que desde luego nunca aclara.

Dada la *prima facie* incomprensible naturaleza del inconsciente, en verdad tan comprensible como la Santísima Trinidad, podemos sentirnos libres de hablar, verbigracia, de dolores, emociones, deseos, etc., inconscientes. Aquí la pregunta es: ¿realmente entendemos lo que se nos dice? A guisa de ejemplo, examinemos rápidamente la idea de deseo inconsciente. Normalmente, un deseo es identificado, en primer término, por su expresión no verbal: hay cosas como gestos y líneas de conducta características del deseo, las cuales toman cuerpo en contextos determinados. Por ejemplo, el deseo de tomar agua se manifiesta en el rostro, en la voz y, más en general, en la conducta y a su vez dichas expresiones y conducta se inscriben en un determinado trasfondo, el cual es perfectamente objetivo, a saber, el conformado por el hecho, *e.g.*, de que no se ha tomado suficiente agua desde hace varias horas. Así, pues, para que nosotros empleemos el concepto de deseo lo que tuvimos que hacer fue aprender a identificar lo que podríamos llamar las ‘conductas de deseo’, líneas de conducta (en un sentido muy amplio del término) que se diferencian suficientemente de la conducta de miedo, de la conducta de amor, de la conducta de interés, de la conducta de aburrimiento, etc. En todo caso, hay algo que es evidente e incuestio-

¹¹ *Ibid.*, p. 420.

nable, a saber, que si eliminamos el aspecto conductual del deseo y las circunstancias en las que se manifiesta, el deseo simplemente desaparece: no sabríamos ni cómo ni cuándo decir de alguien que tiene o no tiene determinado deseo. El deseo, por consiguiente, toma cuerpo en la conducta verbal y corporal de deseo sin que, claro está, se reduzca a ella, *i.e.*, deseo no es nada más conducta de deseo.

Así, pues, mucho del carácter problemático de lo que Freud plantea consiste en que usa los términos psicológicos del lenguaje natural en un sentido “técnico” que simplemente *no* corresponde al sentido original, a pesar de lo cual no proporciona una caracterización convincente de los nuevos sentidos. Es claro que en ningún momento se siente Freud maniatado por el lenguaje; el problema es que no parece darse cuenta de las consecuencias que acarrea su desviación (por no decir ‘insubordinación’) *vis à vis* el lenguaje natural. Él parece pensar, por ejemplo, que ‘deseo’ y ‘deseo inconsciente’ significan en lo esencial lo mismo, pero es claro que eso sencillamente no puede ser el caso. De ahí que Freud no tenga empacho en decir cosas como “en la práctica psicoanalítica estamos acostumbrados a hablar de amor, odio, enojo, etc., inconscientes y nos resulta imposible evitar inclusive la extraña conjunción la *conciencia inconsciente de culpa* o la paradójica *ansiedad inconsciente*”.¹² Pero entonces, regresando al concepto de deseo: ¿de qué habla Freud cuando habla de un “deseo inconsciente”? Se trata de algo, sea lo que sea, que no tiene una manifestación conductual ni inmediata ni obvia. Un deseo inconsciente puede dar lugar a prácticamente cualquier línea de conducta, puesto que no hay una conexión directa o legaliforme entre deseo y conducta. Peor aún: el sujeto ni siquiera sabe que desea lo que desea o lo que se le atribuye como deseo. Por otra parte, el contexto fuente del deseo inconsciente es algo que sucedió mucho tiempo atrás y que el agente no recuerda. Es, pues, relativamente obvio que si hablar de deseo inconsciente es establecer una conexión especial con algo perdido en la memoria, entonces se tiene que estar empleando un concepto de deseo muy diferente del usual. Tenemos entonces que preguntarnos: ¿qué clase de concepto es ése, qué se quiere decir cuando se le emplea y, sobre todo, qué relación mantiene con el concepto normal de deseo? Si lo que se busca es una aclaración de significado no es en las explicaciones concretas que Freud ofrece donde se le podría encontrar. El significado de ‘deseo inconsciente’, sea el que sea, cognitivamente legítimo o espurio, es algo que deberemos extraer de la

¹² *Ibid.*, p. 432.

descripción del uso del concepto que Freud hace al aplicar su técnica terapéutica.

No es mi propósito sugerir o insinuar, no digamos sostener abiertamente, que la terminología psicoanalítica está de inicio viciada y que es teóricamente inservible. Lo que sí creo, en cambio, es que su interpretación usual está condenada al fracaso y que si es recuperable es porque por medio de ella podemos expresar multitud de pensamientos que ciertamente no podríamos expresar de otra forma, pero que no corresponden a lo que Freud y sus seguidores creen que expresan. Sobre esto, que confío en que se aclare, espero regresar hacia el final del trabajo.

5 . Freud y la psicología

Un fenómeno que no deja de ser un tanto curioso es que parecería que hay una relación inversamente proporcional entre la grandeza científica o disciplinaria de un hombre y su claridad filosófica. Ciertamente, Freud no parece ser la excepción a esta regla. Para entender esto, necesitamos hacer un cierto recordatorio. Recordemos, pues, algo sobre lo que Wittgenstein nos pone en guardia en sus *Investigaciones filosóficas*. Dice Wittgenstein:

La confusión y la esterilidad de la psicología no se explican porque la llamemos una “ciencia joven”; su estado no es comparable al de, por ejemplo, la física en sus orígenes. (Más bien al de ciertas ramas de las matemáticas. Teoría de conjuntos.) Porque en psicología hay métodos experimentales y *confusión conceptual*. (Así como en el otro caso hay confusión conceptual y métodos de prueba.)¹³

Freud, como es obvio, no vivió la revolución wittgensteiniana, lo cual explica por qué ejemplifica magníficamente la confusión conceptual a la que alude Wittgenstein. En relación con la cuestión de la incomprendición de lo que se hace en psicología, son dos los temas, vinculados con la concepción que Freud hace suya, que vale la pena señalar:

- 1) el problema de las otras mentes
- 2) la relación entre la mente y el cerebro

Abordemos los temas en el orden mencionado. Sin duda una de las más importantes contribuciones de Wittgenstein en el terreno de la filosofía

¹³ L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, parte II, sección XIV, p. 232.

de la psicología fue el haber detectado y expuesto la singular asimetría, característica del lenguaje psicológico, que se da entre la primera y la tercera personas. Lo que esto significa es que, inclusive cuando empleamos exactamente los mismos conceptos psicológicos (“sensación”, “recuerdo”, “percepción”, “pensar”, “imaginación”, etc.), hacemos sistemáticamente dos aplicaciones diferentes. Dicho de manera sucinta y escueta, cuando empleamos verbos o conceptos psicológicos en primera persona lo que hacemos es dar a conocer, expresar, poner de manifiesto, anunciar nuestro estado; cuando empleamos el mismo concepto en relación con otro lo que hacemos es describir su conducta, para lo cual necesitamos lo que Wittgenstein denominó ‘criterios’. El señalamiento por parte de Wittgenstein de esta diferencia radical entre dos modos de operar de los conceptos psicológicos es fundamental, pues está en la raíz de la solución del famoso problema de las otras mentes. El problema consistía justamente en que, por no haberse fijado en las diferencias de uso, quienes (por las razones que sean) favorecían la aplicación en primera persona se veían en problemas para dar cuenta del uso de los mismos conceptos en tercera persona, y a la inversa. Los cartesianos, por ejemplo, y en general los idealistas, se veían no en serios aprietos sino en la imposibilidad de resolver la cuestión de cómo explicar la realidad de una mente que no fuera la del sujeto pensante, porque si lo mental es lo que queda recogido por el uso en primera persona de verbos y conceptos psicológicos, entonces ¿cómo explicar el dolor, la creencia, el deseo, etc., en el caso de alguien que no sea yo? La respuesta usual, a saber, que es gracias a una clase de inferencia (analogía, empatía, inducción, etc.) es simplemente ridícula, totalmente errada y no sirve para nada, a pesar de lo cual de hecho fue adoptada por múltiples pensadores de primera línea. Por su parte, quienes favorecían la tercera persona en detrimento de la primera, como los conductistas, se quedaban sin la posibilidad de explicar todo lo relacionado con el acceso directo a los contenidos de la conciencia, la experiencia vivida, etc. El “descubrimiento” de Wittgenstein, que no es otra cosa que una descripción minuciosa del uso de un cierto vocabulario, permitió no sólo refutar las posiciones filosóficas clásicas sino acabar con la problemática misma, pues mostró que se fundaba en una confusión “gramatical”, en el sentido técnico con que él emplea la noción de gramática.

No deja de ser sorprendente, por lo tanto, no sólo encontrarse en los escritos del padre del psicoanálisis con la confusión mencionada sino con el hecho de que ésta es defendida abiertamente. Así, aunque Freud y Descartes parecen oponerse con respecto a la naturaleza de lo mental, no hay duda de que Freud es un cartesiano radical en lo que atañe

al problema de las otras mentes. Él claramente es lo que podríamos llamar un ‘defensor a ultranza de la primera persona’. En relación con esto, Freud es de una claridad prística. Así, por ejemplo, sostiene que “Por el médium de la conciencia, cada uno de nosotros se da cuenta únicamente de sus propios estados de la mente; que otro hombre posea conciencia es una conclusión trazada por analogía a partir de las emisiones y acciones que lo percibimos hacer y se le extrae para que esta conducta suya pueda resultarnos inteligible a nosotros.”¹⁴ Y un poco después afirma: “la asunción de una conciencia en él descansa en una inferencia y no puede compartir la certeza directa que tenemos de nuestra propia conciencia”.¹⁵ En otras palabras: en relación con la vida mental de los demás, lo más que puedo hacer es emitir hipótesis más o menos probables. Ahora bien, en la medida en que los resultados wittgensteinianos en relación con este tema no sólo no han sido refutados sino que han sido universalmente aclamados, lo menos que podemos decir es que el padre del psicoanálisis tenía una visión primitiva de la mente y, por consiguiente, una idea totalmente errada de su propia ciencia. Este error, sin embargo, no es inocuo y reaparecerá de diverso modo, a lo largo y ancho de sus escritos.

El segundo tema controvertible y polémico es el de las relaciones entre lo mental y lo físico. Es éste un tema en relación con el cual, por un sinnúmero de razones, hay menos acuerdo generalizado, pero parecería que también en este caso la posición de Freud se ubica dentro del campo de quienes están filosóficamente desorientados. En la actualidad, por ejemplo, quienes mantendrían una posición semejante a la de Freud serían los teóricos de la identidad, los materialistas y diversos partidarios del cognitivismo. La idea que Freud comparte con todos ellos es que de alguna manera los predicados mentales apuntan, aunque sea indirectamente y aunque la conexión sea sumamente remota o inclusive ignota, al cerebro y sus funciones. “La investigación nos ha proporcionado pruebas irrefutables de que la actividad mental está ligada a la función del cerebro como no lo está con ningún otro órgano.”¹⁶ En relación con esto, es evidente que Freud dejó escapar la especificidad del lenguaje psicológico y su carácter irreducible a cualquier otro, ello en favor del de la física o del de la biología (no estando esto último del todo claro). En todo caso, si lo que Freud pensaba era que él podría eventualmente explicar el significado de las aseveraciones psicológicas en términos del vocabulario de una ciencia natural, como

¹⁴ S. Freud, *op. cit.*, p. 429.

¹⁵ *Ibid.*, p. 429.

¹⁶ *Ibid.*, p. 431.

la neurofisiología, una posición con la que él parecería estar de uno u otro modo comprometido, entonces podemos afirmar con relativa confianza que Freud estaba, una vez más, totalmente equivocado. Pero aquí el problema se agranda, porque no sólo la concepción freudiana de las relaciones entre lo cerebral y lo mental es errada, sino que además su posición general es sencillamente incoherente. Esto se debe a que, por una parte, Freud afirma la reducción en principio de lo mental a lo físico pero, por la otra, apelando al hecho de que no sabemos todavía nada al respecto, reafirma la independencia total de lo mental precisamente *vis à vis* de lo físico.

El descubrimiento de una importancia desigual de las diferentes partes del cerebro y de sus relaciones individuales con partes particulares del cuerpo y con las actividades intelectuales nos lleva un paso más allá —no sabemos qué tan grande sea ese paso. Pero cada intento por deducir a partir de estos hechos una localización de los procesos mentales, cada esfuerzo por pensar en las ideas como almacenadas en las células nerviosas y en las excitaciones como si pasaran a lo largo de las fibras nerviosas, está totalmente desorientado.¹⁷

Y finalmente dice: “Nuestra topología mental no tiene en la actualidad nada que ver con la anatomía; se ocupa no de ubicación anatómica, sino de las regiones en el aparato mental, independientemente de su posible situación en el cuerpo”.¹⁸ En otras palabras, Freud está aquí asumiendo una posición dualista, en clara oposición a su neurofisiologismo (materialismo) adoptado como postura inicial, como punto de partida.

La conclusión general se sigue por sí sola: la filosofía de la mente freudiana es no sólo falsa sino inconsistente. Hay una ambivalencia explicativa en la posición general de Freud. En este sentido, hay un cierto paralelismo entre él y Chomsky: en ambos casos se nos anuncian grandiosos descubrimientos potenciales, ambos relacionados con el cerebro y sus funciones, sólo que dichos descubrimientos están meramente augurados; se nos habla de conexiones que *pueden* establecerse pero que por el momento, dadas las limitaciones del conocimiento científico, nuestra tecnología, etc., todavía no sabemos cómo hacerlo. En el caso de Freud, que es el que aquí nos incumbe, la ambivalencia explicativa se da entre la causalidad neurológica, por una parte, y la topografía mental, por la otra. Si esa contradicción fuera insoluble, el

¹⁷ *Ibid.*, p. 431.

¹⁸ *Ibid.*

sistema freudiano sería insalvable. No obstante, a mí me parece que lo más probable es que suceda con Freud lo que pasa con la gran mayoría de los científicos, a saber, que realizan investigaciones o hacen contribuciones importantes sólo que, como no están capacitados para dar cuenta de su propia actividad y resultados, hacen presentaciones distorsionadas de su propia labor. Por consiguiente, debemos precavernos de descartar precipitadamente, sobre la base de lo hasta aquí expuesto, la concepción freudiana del inconsciente y de decretar que está irremisiblemente destinada al fracaso.

6 . *Psicoanálisis y ciencia*

Como es bien sabido, la teoría psicoanalítica ha generado en la gran mayoría de los filósofos de la ciencia un mal sabor de boca y muy a menudo simplemente se le ha negado el *status* de científica. En mi opinión, la respuesta a esto no debería ser que es sólo sobre la base de una concepción muy estrecha de científicidad o de conocimiento o de explicación causal que se rechaza la posición general desarrollada por Freud. Es trivialmente verdadero y *a priori* que si se va a juzgar la cuestión desde una plataforma como la constituida por la física, la teoría psicoanalítica no va a pasar los *tests* que se le impongan. En psicoanálisis no se usa la inducción, no hay grupos de trabajo que hagan experimentos, no hay un progreso teórico lineal y constante, no hay teorías axiomatizadas, etc. Yo añadiría que si lo que se quiere es deslindar la ciencia estándar del psicoanálisis, con decir que la teoría psicoanalítica no se ocupa de especies naturales bastaría para marcar que nos encontramos en dos ámbitos del “saber” radicalmente diferentes. La cuestión de si etiquetamos o no el psicoanálisis como “científico” o no es a final de cuentas un mero asunto de nomenclatura y no creo que sea algo que haya que tener particularmente en cuenta.

Desde mi perspectiva, lo que es realmente importante preguntarse es no si el psicoanálisis es digno del *status* de “científico” o no, sino si funciona o no, es decir, si cumple exitosamente su cometido o no. El criterio para determinar si debemos tomar en serio el psicoanálisis o no es la *praxis*, no los rasgos que paulatinamente hemos ido asociando con lo que llamamos ‘ciencia’. Desde el punto de vista de la ciencia normal, el psicoanálisis sencillamente no es admisible: contiene demasiados huecos teóricos, demasiadas respuestas *ad hoc*, sus conceptos no están suficientemente bien construidos, etc. Pero eso no obsta para que gracias a la terapia psicoanalítica una persona con desórdenes de personalidad logre acceder a un estado aceptable de normalidad.

Dicho de otro modo: el test de validación en psicoanálisis es el éxito en la terapia. El psicoanálisis no está interesado en la elaboración de “leyes generales”. Esto último está conectado con un punto de primera importancia acerca del cual es preciso decir al menos unas cuantas palabras.

Pienso que no es erróneo sostener que el horizonte del psicoanálisis lo constituye no una especie natural, sino el individuo. La ciencia, obviamente, no se ocupa de particulares, sino de regularidades de la naturaleza y de leyes generales bajo las cuales los particulares caen. Pero no hay una ciencia de *este* animal en concreto o de *este* árbol en particular. En cambio en el psicoanálisis, si bien es innegable que se dispone de una concepción general del ser humano —obviamente, no podría ser de otra manera— lo que realmente importa es la persona en concreto con quien se trabaja en una terapia. Congruente o no, hay por ejemplo una idea general del Inconsciente, pero como el Inconsciente de cada quien es diferente (así como su pasado, sus vicisitudes, etc.) y como las reacciones de cada individuo son diferentes inclusive ante exactamente los mismos estímulos, entonces la teoría psicoanalítica no podría tener, aparte de una limitada base fundamental, objetivos teóricos generales y compartidos por todos los individuos. Los objetivos en psicoanálisis son particulares, concretos, imposibles de generalizar y diferentes en cada caso (salvo si los hacemos caer bajo el rubro general de “curación psíquica y conductual del paciente”, expresión que así como está es perfectamente vacua). Esta conexión con el individuo le da un giro especial a la doctrina psicoanalítica en su totalidad. El punto importante es que se trata de un cuerpo de doctrina pensado en función del individuo, no de, e.g., la especie humana. Es por eso además que no es aceptable la idea de que el psicoanálisis le puede servir a cualquiera, en el sentido de que la física sí se aplica a cualquiera, le guste o no. Por consiguiente, más que una “ciencia” (sea lo que sea eso), el psicoanálisis es un armatoste conceptual y teórico que incorpora fuertes elementos de persuasión, que tiene objetivos concretos fijados de antemano, que se adapta a las circunstancias particulares de cada quien; es una técnica mediante la cual uno modifica su autopercepción y, en función de ello, su actitud y su conducta frente a los demás. Es evidente que tiene que haber detrás de la práctica psicoanalítica alguna clase de visión general del ser humano, que en este caso lo conforma básicamente la sexualidad, pero es evidente que dicha “visión” no es equivalente a una teoría psicológica cualquiera. El psicoanálisis es otra cosa. Si tuviéramos que ubicarlo en el mapa de las distintas disciplinas y actividades desarrolladas por los hombres, una especie de *Carte*

du *Tendre* cognitiva y práctica, habría que ubicarlo entre la ciencia, la religión, la filosofía y la política, compartiendo valores propios de esas áreas de la vida humana y aportando nuevos.

Otro gran foco de tensión en los planteamientos de Freud es el concerniente a su noción implícita de explicación causal. A primera vista, encontramos en la posición de Freud dos concepciones de lo que es explicar algo. Por una parte, es claro que él parecería adoptar un modelo explicativo más o menos semejante al que después los positivistas lógicos hicieran famoso, esto es, el modelo nomológico-deductivo. En efecto, parecería que Freud presenta un sistema de principios abstractos y luego los combina con los *data* que su paciente le proporciona para generar una explicación causal. Salvo por la naturaleza de los principios involucrados, que dan más la impresión de ser enteramente *a priori* que hallados empíricamente, no habría mayor cosa que objetar al proceder freudiano. Sin embargo, es relativamente obvio que si nos atenemos no a la teoría expuesta sino a los pronunciamientos que Freud mismo hace al margen de su propia teoría, con lo que nos topamos es con una idea prehumeana, casi tomista de causalidad. Una causa, para Freud, es una fuerza que genera un efecto, lo produce, por así decirlo. Por ejemplo, un trauma, *i.e.*, un evento cargado de emotividad, es un evento causal cuya representación consciente fue reprimida y que por ello yace en el Inconsciente. Este evento, sin embargo, es lo que “causa” una conducta anómala particular. Lo que aquí está en juego es por lo tanto una conexión entre dos sucesos o eventos o entidades, siendo uno causa del otro. Esta forma de ver las cosas corresponde a la concepción aristotélica de causa eficiente. La conexión en cuestión, dicho sea de paso, es, tal como Freud la concibe, sumamente extraña y problemática, pues es una conexión uno de cuyos *relata* en realidad nunca es conocido, observado, etc., sino meramente inferido. En verdad, dado que Freud pretende poner en relación un evento del pasado remoto de la persona con su conducta actual, parecería que lo que está defendiendo es la idea de acción a distancia que, estrictamente hablando, es exactamente lo opuesto de lo que los defensores de la causalidad defienden y aspiran a establecer. Pero si ello es así, entonces habría que inferir que Freud no tiene mayor claridad con respecto a la clase de explicación que él mismo dice estar buscando o proporcionando.

Si lo que hemos dicho no es descabellado, se sigue que pocas cosas hay tan absurdas como equiparar el psicoanálisis con la ciencia y descartarlo por no pasar los *tests* usuales de “cientificidad”. Lo que tenemos que hacer, en cambio, es aprender a ver en los conceptos psicoanalíticos conceptos operacionales vinculados directamente con la conducta

humana. Si al menos algo en ese sentido logramos hacer con “Inconsciente”, habremos dado un gran paso en la dirección de la comprensión.

7 . *El Inconsciente freudiano*

Llegamos así al fundamental concepto de Inconsciente y lo primero que tendríamos que apuntar es que se trata de un concepto construido para llenar huecos explicativos, fallas, anomalías. Se trata de un concepto que tiene funciones eminentemente prácticas: sirve en el tratamiento de gente que presenta problemas de conducta, en sus relaciones con los demás, desórdenes de personalidad, etc. Parecería seguirse que para lo que el psicoanálisis sirve es ante todo para *explicar la anormalidad*, es decir, es una teoría de la conducta anormal y para el individuo que despliega una conducta así. Esta visión acota mucho mejor el ámbito de la utilidad del psicoanálisis. Pero entonces el que el psicoanalista estándar se niegue a admitir que su teoría *no* puede servir para explicar la conducta *normal* no pasa de ser un mero prejuicio, el resultado de una incomprendición. El prejuicio al que me refiero es, obviamente, el de pensar que *se tiene* que operar con una teoría que o vale para todos los hombres o no vale para ninguno. Pero ese dilema es falaz: el individuo suficientemente sano psíquicamente no se ve forzado a recurrir a un terapeuta y por ello la teoría del inconsciente sencillamente no se le aplica. Lo que habría que entender es que el concepto de inconsciente sirve para inducir a una persona que padece alguna clase de neurosis, de histeria o alguna fobia, a que comprenda ciertas cosas relacionadas con *su* personalidad, para lo cual es menester explorar *su* pasado; y es para “explicar” *su* conducta, de la cual el sujeto mismo no puede dar cuenta, que se recurre al misterioso “Inconsciente”.

Desde el punto de vista del conocimiento, el Inconsciente freudiano es un auténtico enigma. Dado que por definición el Inconsciente es radicalmente diferente de la conciencia, se sigue que en el Inconsciente no se siente, no se recuerda, no se percibe, etc. Sin embargo, Freud habla de emociones inconscientes, de deseos inconscientes y así sucesivamente, aparte de que (como lo explica de manera prolífica) *en* el Inconsciente se llevan a cabo procesos, como por ejemplo el consistente en dejar pasar al ámbito de la conciencia un recuerdo particular (como resultado de la terapia, por ejemplo) o el de censura, consistente en mantener alejado por completo de la memoria del sujeto un evento que para él resultó ser particularmente desgradable. De hecho, el Inconsciente abarca no sólo lo que fue reprimido, sino mucho más: “Todo lo reprimido tiene que permanecer inconsciente, pero desde ahora enun-

ciemos que lo reprimido no abarca todo lo inconsciente.”¹⁹ Ahora bien, lo que todo esto induce a pensar es que lo que en realidad Freud hace es ante todo una propuesta de carácter lingüístico con el fin de modificar la extensión del concepto “mental”: “En psicoanálisis no nos queda más que declarar que los estados mentales son en sí mismos inconscientes.”²⁰ O sea, Freud nos está invitando a trazar límites diferentes para el concepto de lo mental pero, y esto es muy interesante y de lo más importante, su motivación última no es tanto teórica como práctica. Esto es algo que él mismo da a entender: “la identificación convencional de lo mental con lo consciente es totalmente impráctica”.²¹ Pero entonces parecería que lo que Freud está haciendo es redefinir ‘mente’ desde una perspectiva práctica, a saber, la necesidad de resolver ciertos problemas de patología psíquica.²² Él mismo, explícitamente, lo afirma de manera reveladora: “resulta que el supuesto del inconsciente nos ayuda a construir un método práctico altamente exitoso”.²³ Lo que Freud sostiene, por lo tanto, es que es para efectos de terapia psicoanalítica que no todo lo mental es consciente.

Que Freud mismo parece estar confundido con respecto a su propia creación, y en especial con respecto a su concepto técnico “Inconsciente”, es algo que se hace sentir de muy diverso modo. Ciertamente tenemos derecho a preguntar: ¿qué clase de concepto es “Inconsciente”? El rasgo del concepto que a Freud quizás más le importa destacar es que no es un concepto de experiencia. O sea, no hay tal cosa como la experiencia del inconsciente. No obstante, sabemos de él. Por lo tanto, lo conocemos sólo que “indirectamente”. Más aún: podemos observarlo pero, una vez más, “indirectamente”. Ahora bien ¿qué es un acto de percepción indirecta? Por ejemplo, podríamos describir lo que vemos en una casa de espejos o lo que vemos a través de un periscopio o inclusive lo que detectamos por medio de un radar ‘percepción indirecta’. Pero es claro que no es nada como eso lo que Freud tiene en mente. A lo que en primer término se contrapone la percepción del inconsciente es a la percepción consciente, pero ¿qué podría ser percibir algo de manera no consciente? Lo que Freud parece pensar es que el

¹⁹ *Ibid.*, p. 420.

²⁰ *Ibid.*, p. 430.

²¹ *Ibid.*, p. 429.

²² Es obvio que no todos. El psicoanálisis es del todo inservible en casos de psicosis, digamos, graves (esquizofrenia aguda, autismo, etc.), y, en general, para todos los casos de problemas mentales ocasionados por problemas cerebrales (falta de sustancias como el litio, daño cerebral, etcétera).

²³ *Ibid.*, p. 428.

Inconsciente es conocido sólo por sus consecuencias. Pero si ello fuera así, entonces no sería necesario reíficar el Inconsciente: ‘Inconsciente’ podría ser visto como un término que nos permite reunir toda una gama de fenómenos que se parecen entre sí mucho, inclusive si no existe un único elemento en común a todos ellos, salvo quizá (trivialmente) el de no ser conscientemente aprehendido por el sujeto. Pero si la función de ‘Inconsciente’ es ésa, entonces imponerle además una carga referencial y convertir un término operativo en un nombre propio es deformar el concepto o, mejor dicho, es no haberlo aprehendido debidamente. Por si fuera poco, la referencia imaginada por Freud es entendida por éste casi espacialmente (“topológicamente”) lo cual, aunado a otros problemas como algunos de los ya mencionados, inevitablemente influyen en demérito de la construcción freudiana y nos hunden en las aguas del misterio y el mito.

En resumen: no cabe duda de que la construcción del concepto de Inconsciente representa un logro, pues equivale a la elaboración de un instrumento que permite generar pensamientos nuevos y útiles que no podrían ser expresados sin él. Lo que al respecto es importante, sin embargo, es separar la descripción del uso real del término de la fácil interpretación que de él se tiende a hacer y que distorsiona su significado real. Pero no hay duda de que, bien aplicado, ‘Inconsciente’ es un término del cual la psicología difícilmente podría prescindir.

8 . La naturaleza del psicoanálisis

El intento por comprender cabalmente la utilidad del concepto freudiano de Inconsciente y por evaluar con justicia su importancia teórica y práctica forzosamente nos lleva a hacer algunas consideraciones de carácter más general sobre la teoría psicoanalítica *in toto*. Soy de la opinión de que es factible hacer al respecto algunas observaciones que embonan bien con la óptica que hemos adoptado aquí en relación con el concepto de Inconsciente.

Para empezar, quisiera recordar que, por un sinnúmero de razones, difícilmente podría la teoría psicoanalítica ser considerada como una teoría psicológica más. Como ya dije, el psicoanálisis no se ocupa de especies naturales y en ese sentido no es una ciencia. Además, si momentáneamente asumimos que lo que Freud nos legó es una teoría acabada, es claro que no podríamos hablar ni de desarrollo teórico ni de progreso en las explicaciones. O sea, la teoría está fija de una vez por todas. Ahora bien, las teorías científicas no son así. Esto, sin embargo, no basta para descalificar la teoría psicoanalítica, porque se trata de una

teoría elaborada, por así decirlo, sobre pedido: es una teoría concebida teniendo en mente objetivos prácticos perfectamente determinados. Por lo tanto, más que una teoría es una construcción conceptual aderezada para resolver ciertos problemas que aquejan al individuo. Es, pues, una doctrina construida para el individuo, no para una especie, aunque obviamente su aplicación requiere un esquema general y es por dicho esquema general que hablamos aquí de “teoría”. Empero, en este contexto difícilmente podríamos hablar de “hipótesis”, de “explicaciones causales” en sentido estricto, de resultados obtenidos inductivamente, etc. De ahí que, dado que estrictamente hablando el psicoanálisis no es una teoría científica, más que una explicación lo que con él se busca es *persuadir al paciente*. Lo que por medio del psicoanálisis se logra (cuando se logra) es enseñarle al paciente a enfocar sus problemas desde una cierta perspectiva (siempre la misma) y a autoverse de un modo que para él resultará (por muchas razones) novedoso. El resultado ideal del psicoanálisis es, por lo tanto, un nuevo modo de percepción y autopercepción, el cual tiene efectos eminentemente prácticos; en terminología wittgensteiniana, un “ver como” diferente. Y a mi modo de ver no sería errado deducir de nuestra exposición, a manera de corolario, la idea de que sin la técnica terapéutica la teoría psicoanalítica no pasa de ser una interesante historieta.

Si, por costumbre o por las razones que sean, decidimos seguir hablando de teoría al hablar de psicoanálisis, entonces tendríamos que distinguir entre explicaciones que podríamos llamar ‘instrumentales’ y explicaciones ‘mitológicas’. Wittgenstein pone el dedo en la llaga cuando nos dice que el análisis freudiano “tiene el atractivo que tienen las explicaciones mitológicas, explicaciones que dicen que esto es todo una repetición de algo que pasó antes”.²⁴ Y un poco más abajo afirma: “Y así pasa también con la noción de inconsciente.”²⁵ De acuerdo con Wittgenstein, lo que Freud propone “es *especulación*. Es la clase de explicación que estamos inclinados a aceptar.”²⁶ No son, pues, la observación, las evidencias, la experimentación, el contraste de hipótesis, la inducción, etc., lo que aquí cuenta. De lo que se trata es de meter al individuo en un molde del cual se sabe de entrada que le va a resultar interesante, atractivo, seductor, convincente. Y la peculiaridad fundamental de dicho molde es que tiene consecuencias prácticas palpables. Ésa es su justificación última.

²⁴ L. Wittgenstein, *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*, p. 43.

²⁵ L. Wittgenstein, *loc. cit.*

²⁶ L. Wittgenstein, *ibid.*

Si no hemos errado demasiado el camino, podemos inferir que el concepto freudiano de Inconsciente es parte de un instrumental conceptual que permitió la elaboración de un método exitoso en la práctica de resolución de algunos problemas que no podemos catalogar de otra manera que como psicológicos. Así, si extraemos el significado de ‘Inconsciente’ de su aplicación y no nos contentamos con la fácil cosificación a la que de manera natural conduce la sustantivización del adjetivo, evitaremos caer en misterios insondables y en discusiones estériles y habremos contribuido a rescatar la técnica freudiana inclusive de sus más fervientes adeptos.

BIBLIOGRAFÍA

- Archard, D., *Consciousness and the Unconscious*, Open Court, La Salle, 1984.
- Freud, S., “The Unconscious” en *The Major Works of Sigmund Freud*, The Encyclopaedia Britannica/The University of Chicago Press, Chicago, 1952 (Great Books of the Western World).
- Macintyre, A., *The Unconscious. A Conceptual Analysis*, edición revisada, Routledge, Nueva York/Londres, 2004.
- Miles, T.R., *Eliminating the Unconscious*, Pergamon Press, Londres, 1966.
- Tomasini Bassols, A., “El carácter histórico de los derechos humanos”, en *Pena capital y otros ensayos*, pp. 161–184.
- , “Historia, derechos humanos y medicina”, en *Pena capital y otros ensayos*, pp. 185–211.
- , *Pena capital y otros ensayos*, 2a. ed., Ediciones Coyoacán, México, 2002.
- Wittgenstein, L., *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*, ed. Cyril Barrett, Basil Blackwell, Oxford, 1978.
- , *Philosophical Investigations*, Basil Blackwell, Oxford, 1974.

Recibido el 10 de marzo de 2010; aceptado el 10 de junio de 2010.